

# PENNY BERRY

y la Cripta de los Olvidados

Lluís Prats



Ilustraciones de María Simavilla





# PENNY BERRY

y la Cripta de los Olvidados

Lluís Prats



Ilustraciones de María Simavilla



Primera edición: mayo de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz  
Coordinación editorial: Berta Márquez  
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Lluís Prats, 2017  
Autor representado por IMC Agencia Literaria S.L.  
© de las ilustraciones: María Simavilla, 2017  
© Ediciones SM, 2017  
Impresores, 2  
Parque Empresarial Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

ATENCIÓN AL CLIENTE  
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403  
e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

ISBN: 978-84-675-9196-5  
Depósito legal: M-10270-2017  
Impreso en la UE / *Printed in UE*

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*To Jennifer and Nicolas,  
as always*





La Ilustrísima Señora

OCTAVIA BERRY

Decana de Animales Fantásticos del Muy Ilustre Decanato de Escocia y las Highlands, Gran Cruz Robustus de primera clase, Medalla al Mérito Sanador y miembro del Concilio de Britannia, falleció vilmente asesinada el pasado día 15 del corriente, en su domicilio de Berry Manor, a la edad de sesenta y nueve años.

Tu amado Máximus (†), tus hijos Percy y Rose, Aurelia y Claudio, tus nietos Penny y Marcus, toda la familia Clutterbuck, Quirón Blackhorse, Grizela Sparks, Ashwhite Bonneville y Cecilia Knots, los decanos de Britannia, Himalaya y Nepal, Ucrania, Rumania y Transilvania, la Selva Negra y todos cuantos te consideran parte de su familia nunca te olvidaremos.

El servicio religioso tendrá lugar mañana miércoles a las 11 de la mañana en la ermita de St. Pancras.

Todos los animales fantásticos serán bienvenidos a la ceremonia fúnebre.

Se ruega luto riguroso. No se invita particularmente.

*Pitlochry, 17 de abril*



# 1

## UN ENTIERRO DE LO MÁS ACCIDENTADO



ra un jueves ceniciento de abril. A las puertas de Berry Manor se habían congregado docenas de familiares, amigos y animales fantásticos. El cielo estaba encapotado y algunas nubes negras pasaban rápidas sobre los tejados.

–En breve empezará a diluviar –susurró el centauro Quirón.

Sin embargo, a ninguno de ellos le importaba. Se habían reunido allí para dar el último adiós a su amada y venerada Octavia Berry, Decana de Animales Fantásticos de Escocia y las Highlands.

Toda la comarca se había reunido para dar el último adiós a la vencedora de las batallas de An Ard y de Inverloch. Además de muchos decanos con sus coloridos séquitos, también habían acudido gigantes de Ughol Arn y unicornios de crines plateadas o centauros de rostros entristecidos.

Nada más llegar a Berry Manor, Penny había escuchado de labios de Calpurnia Clutterbuck lo sucedido: su tierna y encantadora abuela había sido atacada por un unicornio que en realidad había resultado ser la mismísima Gong Gong, la nigromante blanca que en Shangri-La había adoptado la forma de la Decana del Nepal, y que había sido desenmascarada gracias a ella. Nada ni nadie pudo salvarla, y ahora todo estaba dispuesto para que comenzara la ceremonia.

Uno de los oteadores del Decanato sopló el gran cuerno dorado del torreón y sus profundas notas resonaron por todos los valles, picachos y barrancas. En cuanto el grave sonido se apagó, la comitiva salió de la finca en dirección al pequeño cementerio de Pitlochry y lo hizo puntualmente, a las once de la mañana, tal y como le hubiera gustado a la difunta Octavia Berry.

A la cabeza, seis unicornios blancos tiraban del coche fúnebre, engalanado con flores rojas, blancas y amarillas. En el momento en que el vehículo salió del jardín bajo la atenta mirada de las gárgolas Caribdis y Oribdis Hogwood, empezó a caer una fina cortina de agua. Entonces Penny sintió cómo su tío Claudio la tomaba de la mano y le susurraba:

–Vamos, cariño, es la hora...

Penny empezó caminar tras la carroza, acompañada de su tía Aurelia, que iba de riguroso negro.

Llevaba en la mano el recordatorio del funeral, y lo había releído varias veces sin terminar de creerse todo lo que había sucedido durante aquellos últimos días.

–Penny... –repitió su tío Claudio apretándole la mano.

Volvió la cabeza y vio que detrás avanzaban penosamente Pippa y Noel Clutterbuck acompañados por sus hermanos, Harry y Camila, y sus padres. Los dos últimos lo hacían cabizbajos, mientras que de las mejillas de su tía Calpurnia se deslizaban las lágrimas sin pudor alguno.

–¿Cómo ha podido suceder algo así? –se lamentaba Augustus Blackfriars. El Decano de Inglaterra marchaba con su sombrero en la mano–. Pensé que estaríais a salvo en Berry Manor. Nunca debí permitir que aquel unicornio se acercara a la casa.

Le seguía, silencioso, el centauro Quirón Blackhorse, que llevaba del brazo a una afectada doctora Grizela Sparks. A su lado lo hacían el oteador Archibald Footstep y Rictus Gravenor, el jefe del laboratorio. No faltaban en el cortejo decenas de recolectores, oteadores y sanadores llegados desde los cuatro puntos cardinales para dar su último adiós a la DAF de Escocia.

Al final de la comitiva avanzaba una docena de gigantes. Detrás lo hacía Ashwhite, el dragón blanco, que arrastraba un gran carro en el que habían subido a la señora Knots, que no se había querido perder la despedida y lloraba a moco tendido.

–Vamos, Penny –siseó su tío, tirando de su mano otra vez.

Poco antes de llegar a St. Pancras, se escucharon los lamentos de las gaitas, y aunque muchos llevaban paraguas colgando de los brazos, muy pocos los habían abierto.

Un minuto más tarde, los unicornios de la carroza fúnebre se detuvieron frente a la pequeña ermita rodeada de lápidas y cruces celtas bellamente decoradas.

En ese preciso momento, Claudio Pettigrew se hartó y alzó la voz a un palmo de la oreja de su sobrina:

–¡Por las bestias del pantano de Ughol Arn! ¡Arriba, Penny! ¡Son más de las ocho, marmotilla!

En una milésima de segundo, Penny viajó desde el apacible cementerio de Pitlochry hasta su habitación en el número veintiocho de Finchley Road, en Londres, y el corazón le dio un vuelco.

Entonces abrió los ojos extraviada, se quitó un mechón de cabellos de la cara y lo primero que sintió fue el sol que entraba a raudales por la ventana. Después vio a su tío Claudio Pettigrew con los brazos en jarras. Su mostacho pelirrojo se movía de un lado para otro como un péndulo.

–Vístase y baje a desayunar, *alteza* –le decía su tío con una mueca–. Si no salimos en media hora, pillaremos un atasco de mil demonios.

Entonces Penny respiró aliviada. No era el día del entierro de su abuela Octavia, sino el inicio de las esperadas vacaciones de Pascua.

Esa soleada mañana de abril viajaría con sus tíos a Berry Manor de nuevo, y estaba muy contenta porque iba a reencontrarse con todos. Sin embargo, la pesadilla que había sufrido le había parecido tan horrorosa que decidió llamar enseguida a la mansión de su abuela en Escocia.

Mientras su tío salía de la habitación, se secó las babas de la comisura de los labios y se desperezó. Al entrar en el baño para cepillarse los dientes, oyó la dulce voz de su tía desde la cocina:

–¿Has despertado a la niña, Claudio?

–Por supuesto.

–¿Y lo has hecho con delicadeza, pichoncito?

–Como si fuera el pétalo de una delicada flor primaveral, cariño –respondió su tío.

–¡Qué cara más dura! –masculló Penny apretando el tubo de Dentiblanc sobre el cepillo de dientes.

Se lavó y peinó en menos de un minuto y después tardó otros cinco en decidir qué camiseta ponerse. Extendió media docena sobre la cama y, tras dudar un buen rato, eligió una de color naranja que delante tenía pintado un gran sol de colores con el lema «Hoy puede ser un gran día». Se la puso y luego, mirando al espejo, observó que en la parte trasera podía leerse: «¡Pírate y no me lo arruines!».

Un minuto más tarde, bajó las escaleras. Desde la cocina le llegó el crepitar del beicon en la sartén y se le hizo la boca agua.

Tía Aurelia estaba preparando un delicioso desayuno y sándwiches para el viaje. En esos momentos, la radio anunciaba el parte meteorológico y el locutor decía que no se esperaban aguaceros hasta el fin de semana. «Menos mal», pensó Penny. «Por suerte, aún estamos a miércoles».

–¿Ya te has levantado, cielo? –le preguntó su tía al oírla.

–Sí, tía. Voy a llamar a la abuela.

–¿Ahora? Pero si la verás esta tarde...

–Ya, pero quiero saber que está bien.

–Como quieras, cariño.

Su tía no la vio, pero todavía temblaba. La pesadilla había sido tan real que temió que un desuellamientos o algo peor atacara a su abuela como había ocurrido el verano anterior. Marcó el número de Berry Manor y aguardó unos instantes hasta que oyó la voz cálida de Calpurnia Clutterbuck, la herborista amiga de su abuela, a quinientas millas de allí.



–¿Calpurnia? –dijo Penny–. Buenos días.

–Hola, guapa. ¿Cómo estás?

–Bien, bien. ¿Cómo está mi abuela? He tenido una pesadilla. Creo que está en peligro.

–¿Y cuándo no lo ha estado? –respondió riendo la propietaria de La Ortiga Alegre.

–Lo sé, Calpurnia, pero ha sido un sueño tan horrible que...

–Tranquila –la calmó la herborista–, tu abuela está bien. Hace un rato estaba horneando un pastel de chocolate para esta noche y ahora está sentada con el Señor Hobbs en el regazo. Creo que duerme.

Penny respiró aliviada.

–¿Y Ashwhite cómo está?

–Bien también. A primera hora ha volado hasta los barrancos de Ughol Arn para comprobar que todo sigue en orden.

–¿Y sus heridas? –se interesó recordando cómo había sufrido durante las Navidades para salvarla a ella y a su hermano Marcus.

–Cada día mejor.

–Me alegro. ¿Y la señora Knots?

–Chapoteando en el estanque, como siempre.

–¿Todo en orden, pues?

–Todo en orden. ¿A qué hora llegaréis?

–Creo que sobre las siete. Tío Claudio ha dicho que saldremos enseguida y no sé qué de un atasco.

–Estupendo –se sonrió la herborista–. Cuando tu abuela despierte, le diré que has llamado.

–Gracias.

–Pippa y Noel se mueren de ganas de verte.

–Yo también –sonrió Penny al recordar a los sobrinos de Calpurnia Clutterbuck.

En cuanto colgó el teléfono, cerró los ojos unos instantes y recordó el fin de año en Berry Manor. Pippa, Noel y ella misma habían regresado de Shangri-La montados en Ashwhite, que aún se recuperaba de la herida infligida por Durga, la diosa de la mon-

taña. Sin embargo, su dragón no se había querido perder los fuegos artificiales de año nuevo, que habían teñido los bosques de Amhuinn de mil colores distintos.

Pero la fiesta le resultó un poco triste, porque no había dejado de pensar en su hermano Marcus, volando hacia Islandia, ni en los sepulcros de sus padres que once años atrás habían sido petrificados por el innombrable, Lord Donndubhan. Los había visto en una especie de sueño al comer del fruto dorado en el jardín secreto de Shangri-La, y soñaba con ellos casi todas las noches.

El nombre de Skagafjörður, en Islandia, el lugar al que se había dirigido Marcus montado en Ashkort, su dragón negro, se le había quedado grabado en la memoria, y tampoco había dejado de pensar en él ni un solo día durante el segundo trimestre que había cursado en el Holy Trinity.

Había sido durante la fiesta de fin de año cuando su abuela le había dicho que el único que podía conocer el secreto de la pócima para desfosilizar a sus padres era Adalbertus, el druida negro de Lindisfarne, y que debía de estar custodiado en la biblioteca del antiguo monasterio. Lo único que Penny sabía de él era que se trataba de un druida negro arrepentido, que conservaba un gran poder que ya no usaba y que vivía apartado en esa derruida abadía, que fue sede de los nigromantes durante la Edad Media.

Penny abrió los ojos de nuevo y entró en la cocina, donde su tía estaba envolviendo los sándwiches en papel de aluminio. Desayunó lo más rápido que pudo y subió a su habitación para terminar de hacer la maleta.

Encima de los jerséis colocó la fotografía que su tía le había regalado en Shangri-La, en la que aparecían Marcus y ella con sus padres en un banco de Hyde Park. Desde el salón llegaba el rumor de voces de sus tíos.

–Aurelia, solo vamos a estar fuera quince días.

–Lo sé, tesoro, lo sé. ¿Por qué lo dices?

–Porque un baúl me parece un poco... no sé... ¿Excesivo?

–Bobadas –replicó su tía–. Solo llevo lo imprescindible. ¿Ese es tu equipaje?

Penny recordó que al subir a su cuarto había visto una pequeña bolsa de viaje floreada sobre el felpudo. Sin embargo, antes de que su tío pudiera responderle, su tía gritó por el hueco de la escalera:

–¡Penny, cielo! ¡El señor Pettigrew está poniéndose nervioso!  
¿Tardarás mucho?

–¡Ya bajo!

En ese instante, el teléfono empezó a sonar con insistencia y tío Claudio descolgó refunfuñando.

–Residencia de los Pettigrew –respondió–. ¿Sí? ¡Ah! Hola, Clarence. Eres tú. ¡Ja, ja, ja! Sí, sí... Responder así da más estilo, claro que sí. Todo muy bien... Ajá... ¿Aún no está del todo restableci...? La equinaqua... Ajá... Bien. Deja que lo hable con Demetrius Clutterbuck. Sí, esta tarde a casa de la abuela, a Berry Manor. Sí... ¡Por supuesto! Contad con Demetrius y conmigo... ¿A Gales? No, no... Aurelia no podrá venir... Ya te explicaré por qué... Sí, redes, pociones y todo lo demás. ¡Ya sé que es gigantesca, Clarence! No es la primera vez que veo una... Descuida, sí. De nada... Hasta pronto.

Tío Claudio colgó el teléfono y entró en la cocina.

–¿Quién era? –se interesó tía Aurelia mientras metía los bocadillos en una bolsa.

–Clarence Gruffyd, desde Gales.

–¿El marido de Cornelia?

–El mismo.

–¿Y te ha pedido que les eches una mano?

–Sí –respondió tío Claudio moviendo orgulloso los mostachos.

–¿Ella todavía no está bien?

–No, aún anda con muletas por los pasillos del hospital de Cardiff.

Penny recordó que la Decana de Gales había tenido un percance cuando intentaba atrapar a una equinaqua huida de la reserva de Eglwys Nunydd. Todo parecía indicar que su tío iba a viajar a Gales con Demetrius Clutterbuck, el padre de Pippa y Noel, para capturarla.

Un minuto más tarde, bajó con su maleta al vestíbulo, donde tía Aurelia estaba terminando de retocarse ante el espejo. Después cargaron el equipaje en el viejo Ford Mondeo de color pistacho y salieron hacia la autopista para recorrer las quinientas millas que los separaban de Berry Manor, en Pitlochry, Escocia.